

cuando como un eco lejano de la gallarda entonación de Góngora y de Calderón. Hasta en poetas insignificantes, preciados de cultivar la lírica elevada, se advierten nobles rasgos, perdidos en un fárrago de ridículas metáforas. Uno de ellos, *don Juan Enciso*, que llega al colmo de la pedantería llamando á la prematura muerte de Carlos II *inmatureo ocaso*, demuestra, aún en su estilo enfático y alambicado, que tenía prendas, cuando ménos, de versificador numeroso. De otro tanto da indicios *don Francisco Bernaldo de Quirós*, en un canto al advenimiento al trono del rey Felipe V. Cree presagio feliz el nombre de *Quinto*, y saca á plaza una larga serie de *Quintos* esclarecidos: *Quinto Fulvio*, *Quinto Fabio*, *Quinto Metelo*, *Alfonso V* de España, *Alfonso V* de Portugal, *Enrique V* de Inglaterra, *Boleslao V* de Polonia, *Eurico V* de Dinamarca, *Carlos V* de Francia, y otros varios *Quintos*, monarcas y papas, entre los cuales olvida á *Pío V*, tal vez porque este santo pontífice no había sido todavía canonizado á la sazón en que *Bernaldo de Quirós* escribía.

Al lado de insufrible afectación en el pensamiento y en el estilo, campea en los versos de este poeta cierto ambicioso vuelo, que denota que su imaginación no era de índole vulgar. Véase, por ejemplo, esta octava, que dirige al recién coronado monarca, que no había salido de la adolescencia todavía:

De Jove y jóven han de ser tus prendas;  
Que acierto y juventud no están reñidos:  
El genio, y no la edad, es bien que entiendas  
Constituye los héroes aplaudidos.

Las de los años son vulgares sendas;  
En su oriente los soles son lucidos;  
Los Hércules que mandan la fortuna,  
Doman los monstruos en la misma cuna.

Este discreto, en que se combinan el alambicamiento y la elevación, no podía desagradar á unas gentes que todavía admiraban los delirios grandilocuentes de Góngora. *Don Pedro Scoti de Agóiz*, cronista y autor dramático de aquella era, escribió, en alabanza de las octavas de *Bernaldo de Quirós*, un soneto, en el cual, al través del falso barniz de tan relumbrante poesía, asoma algún vigor de idea y de entonación, cosa rarísima en aquellos infelices días. Así dice de la inspiración, en el primer terceto:

Que dar alma al pincel, bulto al acento,  
Es un milagro á que sin alto influjo  
Llegar pudo jamás humano aliento...

Tales fueron, en fin, el envilecimiento del gusto y el desfado de los poetas, que había algunos de éstos que dedicaban sus versos á asuntos, no sólo familiares y rastreros, no sólo repugnantes, sino de aquellos que en las naciones cultas no es lícito dar á la estampa. Entre infinitos ejemplos, merece mencionarse la especie de trova ó parodia, que escribió *don Juan José de Salazar y Hontiveros*, de las célebres décimas de *La Vida es sueño*, con motivo de haber adolecido un amigo suyo de una enfermedad vergonzosa. *Salazar*, un sacerdote respetable, muy estimado en la corte de Felipe V, y admitido en la intimidad familiar del Príncipe de Asturias (después Fernando VI) y de su hermano el infante don Carlos (después Carlos III), se atreve candorosamente á imprimir esta composición escandalosa, en la cual no sólo se llama por su nombre á las cosas más feas é indecorosas, sino que ¡cosa singular en aquel tiempo! escoge á un fraile como uno de los tipos de gente libertina que mejor cuadran al extraño asunto de su inmunda poesía (1). Las letras, pervertidas, servían como de abrigo

(1) Estos tipos son un fraile, un alguacil y un paje. Hé aquí la tercera décima de esta chocarrera parodia:

Nace un fraile, que no nace  
Para padre, y con la bulla,  
Apénas de la cogulla

El santo temor deshace,  
Cuando á todas partes hace  
Hipócritas megigangas,  
Y, en fin, logra pegar mangas,  
Sin pegársele un desastre;  
Y yo, con ser tan gran sastré,  
No puedo hablar bien de gangas,

este trastorno moral, que á favor de ellas pasaba inadvertido ante una corte morigerada y en una sociedad escrupulosa.

Se ha repetido que en aquel período habían muerto las letras castellanas. Las letras dignas de este nombre, es verdad, habían muerto. Pero no ha de entenderse por esto que no se cultivaba la literatura en España. Para una *Justa poética* celebrada en Murcia, el año de 1727, en honor de san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, escribieron cinco poetisas y más de ciento cincuenta poetas, entre ellos los célebres cura de Fruime, don Agustín de Montiano y Luyando, el padre Isla y el Marqués de la Olmeda, vencidos, por cierto, todos cuatro, en el certámen, por poetas oscuros, aún peores que ellos. Brotaban como plaga en todas partes versificadores y copleros, cual suele acontecer en las decadencias literarias. No faltaban poetas; lo que faltaba era poesía.

### CAPÍTULO III.

Recuerdos del estilo encrespado y oscuro de Góngora. — Manifiéstanse afición las clases ilustradas. — Leon y Mansilla. — La catedral de Salamanca. — Prevalce la poesía conceptuosa chabacana. — Otros poetas de la extrema decadencia lírica. — Zamora. — Cañizares. — Bances y Candamo. — Álvarez de Toledo (don Ignacio). — Enriquez Arana. — Benegasi y Lujan (don Francisco). — Mística poética. — Sor Gregoria de Santa Teresa. — Sor María del Cielo. — Prosadores poetas. — Torres. — Feijóo. — La poesía en las Indias. — Méjico. — El Perú. — El Virey Marqués de Castell-dos-Bius. — Monforte. — Peralta Barnuevo. — El Conde de la Granja.

«Pecaron los cultos, decía Forner (1), por demasiado poetas... Luégo cayó la ambición de la fantasía, y pecó por vil y ruin, como ántes pecaba por encofetada y escabrosa.»

Hasta el sesudo Forner, hombre de severo y alto criterio, llamando *demasiado poetas* á los poetas extraviados, denota la fácil indulgencia con que suelen ver los españoles todo empleo, siquiera sea exorbitante y descaminado, de la imaginación.

Degradada la poesía cuanto cabe estarlo, á principios del siglo anterior, aún se encontraban en España personas ilustradas que, en vez de caer en la chocarrería familiar que dominaba entonces, intentasen enaltecer la poesía; como lo habían hecho los cultos, tomando por elevado lo oscuro, por elegante lo ampuloso, y lo extravagante por sublime. Según ya hemos indicado, Góngora deslumbraba todavía con su gloria y con su ambicioso y exuberante estilo, y no faltó quien con ciega temeridad se juzgase capaz de imitarle y de seguir sus huellas. Un oscuro poeta cordobés, *don José de Leon y Mansilla*, creyendo completar las *Soledades* de Góngora, escribió la *Soledad tercera* (2). Aunque versificador numeroso, faltaba á Leon el fuego sagrado que había encendido la fantasía de su modelo, y no acertó á ponerse al nivel de éste, ni en el brío de la entonación, ni en el color descriptivo, ni siquiera en el ímpetu de sus delirios.

Verdaderos sabios, tales como el famoso dean *Martí*, imitaban igualmente en lo censurable al gran lírico cordobés. Corporaciones enteras, de las más respetables que encerraba España, se manifestaban entusiastas del relumbrante y metafórico estilo. Un curioso ejemplo demostrará hasta qué punto puede avasallar el mal gusto á las clases más ilustradas, y cuán difícil es sobreponerse á los resabios y errores que son tenidos por galas y aciertos en las literaturas decadentes. El Cabildo de la catedral de Salamanca, deseoso de celebrar la colocación del Santísimo Sacramento en aquella insigne iglesia, formó varios asuntos, para que fuesen cantados por los más famosos poetas de la época. Cinco de estos asuntos fueron encomendados á *Gerardo Lobo*, de quien más adelante hablaremos. El primero de ellos, la descripción

(1) Carta al Duque de Montellano.

(2) *Soledad tercera*; siguiendo las dos que dejó

escritas el príncipe de los poetas líricos de España, don Luis de Góngora, etc. — Córdoba, 1718.

del magnífico templo, era oportuno y poético, y pudo inspirar dignamente al poeta las cuarenta y seis octavas que escribió, algo conceptuosas, pero no exentas de estro y de grandeza. En el segundo asunto no dejaron los comisarios del Cabildo campo abierto al gusto y á la inspiración particular del poeta. Arrogándose fueros de autoridad doctrinal que tenían su basa en la poética del tiempo, imponen como asunto á *Gerardo Lobo* una serie de metáforas. Éstas son las propias palabras del Cabildo:

«De esta nuestra fábrica (la catedral) se pudiera decir que forma con sus piedras un pagnirico visible de su autor, el Cabildo de la Santa Iglesia, imaginando las figuras del mármol como figuras de retórica, hipérbolos de bulto, alegorías, prosopopeyas, etc.»

¡Y esto lo imaginaba y escribía el alto clero de la ciudad donde aún duraba el eco de los sublimes y sencillos cantos de fray Luis de Leon! El poeta, siempre codiciador de fama y aplauso, ¿cómo había de sobreponerse al imperio de la doctrina literaria que con tanta autoridad se le presentaba? La metáfora es una de las formas del pensamiento que requieren mayor cordura y gusto más acendrado. San Agustín pudo decir con elocuencia verdadera, en los arranques de su mística admiración, que *la fábrica del mundo es un poema del supremo Artífice*. Pero Gerardo Lobo, á quien trazan de antemano el rumbo artificial que debe seguir su entusiasmo, ¿qué ha de escribir, sino monstruosas metáforas, cuyo éxito había de estar en razón directa de su ridiculez y de su violencia? Después de decir que el templo es *orador de sí mismo*, y que *se lleva la cátedra de la agudeza retórica con sus tropos, sus frases y sus figuras*, llama á la cúpula *prosopopeya*, y á la iglesia entera *sinécdoque del arte* y

*Catácrisis marmóreo de la gloria;*

y no contento con ver

*Un Demóstenes suyo en cada peña,*

quiere lucir los artificios del equívoco, y asegura que el sagrado monumento

*... forma con espanto*

*Un cántico de Dios en cada canto* (1).

¡Lamentables desbarros del ingenio, que no estaban en la índole de la inspiración llana y sincera de Gerardo Lobo, y que no sólo el sentido estético, sino hasta la sana razón condenan!

Sin embargo de estos conatos de falso engrandecimiento poético, prevaleció por completo la escuela conceptuosa chabacana. Tres poetas dramáticos, *don Antonio de Zamora*, *don Francisco de Bances y Candamo*, y *don José de Cañizares*, últimas glorias de nuestro gran teatro nacional, escribieron algunas poesías líricas. Pero éstas son tales, que todas ellas, incluso las de Bances y Candamo, único que tenía estro lírico, pueden ser contadas entre los testimonios más patentes, que ofrece aquel tiempo, de la extrema decadencia poética.

*Zamora*, que á veces imita gallardamente á Calderón, y que en *El Hechizado por fuerza*, en *El Convidado de piedra* y en otras comedias manifiesta á veces tan notables prendas de lenguaje, de versificación y de estilo, no es tolerable siquiera en sus composiciones líricas. Las más son de carácter oficial y cortesano. Su *Fúnebre numerosa descripción de las exequias de Carlos II*, su *Romance*, de arte mayor, para el certámen de san Juan de Dios celebrado en Madrid (1691), sus composiciones para otro certámen en honor de san Juan de Mata (1722), y en general todas sus obras líricas son lamentables abortos de una poesía insulsa ó pedantesca.

El mismo desfavorable juicio puede formarse de las poesías sueltas de Cañizares. El presente *Bosquejo*, especialmente consagrado al exámen de la poesía lírica en el siglo XVIII, no ofrece ocasión para tasar detenidamente el mérito de Cañizares como poeta dramático. Juzgar á *Zamora* y á *Cañizares* como poetas líricos, sin recordar que no es éste el campo natural de su vocación y de su fama, sería hacerles descender de su glorioso pedestal. Imi-

(1) *Canto*, en la acepción de *piedra*.

tador feliz de Lope de Vega y de Calderón, agudo y fácil en el diálogo, poeta ingenioso, flexible y abundante, y no escaso de inventiva, aunque á menudo tomaba sus fábulas, sin escrúpulo ni disimulo, de los grandes maestros de la dramática española, fué *Cañizares* el que mantuvo por más tiempo y con mejor fortuna la palma de los inmortales creadores del teatro español, y esto en una época en que estaba moribundo el espíritu antiguo que había dado vida y pábulo á aquel peregrino teatro. La escena española, por su carácter popular, se defendió con más éxito y vigor contra los mortales elementos de la general decadencia. La lírica elevada había muerto del todo, y los pocos versos líricos que se conservan de *Cañizares*, demuestran, como los de *Zamora*, que ni el ingenio más privilegiado bastaba ya á sacar la poesía del abismo en que se hallaba sepultada. En las pocas poesías sueltas de *Cañizares* que han llegado á nuestros días, se ve patente cuánto había ganado el contagio de la afectación y del retruécano al celebrado autor de *El Dómine Lucas*. Á su escaso mérito como poeta lírico alude probablemente Jorge Pitillas en estos versos:

El que pintaba al Rhin los aladares  
En versos tan malditos y endiablados,  
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Cuando llegó á enseñorearse de nuestra escena la escuela dramática francesa, *Zamora*, *Candamo* y *Cañizares* fueron tratados con injusticia y hasta con menosprecio. De *Cañizares*, el más ilustre y aventajado de los tres, habla así el canónigo Huarte en su poema *La Dulciada*:

Allí vi á *Cañizares*, remendando  
Las comedias de Lope manuscritas,  
Que después fué á su nombre publicando  
Con mil faltas groseras y malditas...

No era *Cañizares* un mero y vil plagiarío, como podría inferirse de estos versos. No se imita como él imitaba, acercándose tanto á los grandes modelos, sin ingenio propio, fecundo y poderoso; y en muchas de sus obras campean, espontáneos y originales, la fuerza cómica y el instinto teatral. Á haber nacido un siglo ántes, acaso hubiera llegado *Cañizares* á colocarse en la línea de los primeros dramáticos de la libre escuela española. Hasta del torrente de la moda *culta*, hiperbólica y alambicada, que en aquellos tiempos todo lo corrompe y lo afea, se salva á veces *Cañizares* por ese mismo impulso, imitador de sus ilustres antecesores, que no era acaso más que el noble instinto que le inducía á admirar y á retratar el antiguo espíritu nacional, elevado y caballeresco, del cual habían sido brillantes ecos los Tirso y los Moretos, los Lopes y los Calderones. Diálogos hay en las obras de *Cañizares* que son dechados de elocución dramática, rápida, propia y expresiva, digna, en fin, de la edad dorada del teatro español. Moratin y Lista, á pesar de las prevenciones de la reacción doctrinal, hacen justicia á *Cañizares*. Éste le llama *calderoniano*; aquél aplaude su lenguaje, y califica su estilo, en las comedias no heroicas, de «festivo, epigramático y *chisposo*.»

Olvidemos, pues, los versos líricos de *Zamora* y de *Cañizares* para no empañar la gloria de estos dos simpáticos ingenios.

*Bances y Candamo*, caballero asturiano, educado en Sevilla, cobró allí afición á la poesía lírica, que cultivó después en Madrid, con no común aplauso, si bien inferior al que le granjeó la poesía dramática.

Fuí ruisenor en el Bétis,  
Y en el Manzanares cisne,

decía *Candamo* en su donairoso estilo. Galán, agudo, valiente, desprendido, de dulce trato y de airoso porte, ganaba fácilmente la voluntad de todos. Se inclinaba á la sociedad de las clases elevadas ó literarias, y trabó amistad cordial y duradera con el Duque de Alba, el Almirante de Castilla, el Duque de Alburquerque, los poetas La Hoz, *Zamora*, *Cañizares* y otros varones de cuenta, ya en alcurnia, ya en letras. Gravemente herido en el pecho en

un encuentro, cuya causa, de amor ó de honra, quedó escondida en el misterio, el rey Carlos II demostró tan vivo interés por la vida y la salud del poeta, que, no satisfecho con enviarle sus mejores médicos, mandó atajar la calle de Alcalá, donde vivía el enfermo, para que no le molestase el ruido. La alta nobleza imitó la conducta del Rey, manifestándose muy deseosa de la curación del brillante y simpático mozo, y visitando solicita su casa con este motivo. Sabido es, asimismo, que, imprudente á causa de sus pocos años, ó desvanecido con el favor de la corte y de la aristocracia, provocó contra sí el encono de poderosos magnates, con alusiones satírico-políticas, en su aplaudida comedia *El Esclavo en grillos de oro*, y que con este motivo tuvo que defender denodadamente su vida con la espada, contra hombres enviados para asesinarle. La atrevida ó impremeditada conducta del poeta dramático le acarreó amarguras sin cuento; pero al propio tiempo formó en esta dura escuela su experiencia del movimiento de la vida humana en situaciones escabrosas, y de ahí nace acaso su afición á dar color filosófico ó satírico á las ideas, y cierta elevación de caracteres y de sentimientos, que antepone, por lo común, al donaire cómico.

En la poesía lírica carece, por lo general, de inspiraciones de alta ley; pero, cuando no vicia su estilo la manía de la *altisonancia* y del *concepto*, es fácil, ingenioso y ameno. Á veces, siguiendo su natural tendencia, escribía trozos de lenguaje limpio, noble y sencillo. La idea de la nobleza heredada le era simpática, y al recuerdo de ella levantaba el espíritu y la entonación, como cuando dice en su romance *Al primer Ministro*:

Yo me incliné al Almirante,  
No al que dicen que es valido;  
Lo que podeis amen otros,  
Que yo lo que sois estimo.  
.....  
Mi nobleza sólo basta  
A vivir de ella impedido;

Ni pobre parezco honrado,  
Ni honrado puedo ser rico.  
Noble cuna me dió Asturias,  
En el solar primitivo  
Donde á vuestros ascendientes  
Hicieron reyes los míos.

A veces hace gala de espíritu filosófico, como cuando dice:

Océanos de Dios son estas ciencias;  
Dios, que en profundidades infinitas,  
Siempre dentro de sí, por más que gire,  
Se vierte en onda eterna y sucesiva.

Otras, con vanidoso desenfado, entre burlas y véras, declara la ventajosa opinión que abriga de sí mismo:

Mi consuelo es que de mí  
No ha de sacarme la suerte;  
El Rey puede hacer hidalgos,  
Pero Candamos no puede.

A fuer de hombre culto y fervorosamente cristiano, era acérrimo enemigo de las corridas de toros, que desde la incomparable reina Isabel la Católica han tenido siempre en España graves y autorizados antagonistas (1). Parecían á *Candamo* estos sangrientos espectáculos vestigios de la ferocidad de la plebe romana, y es curioso verle invocar con elocuente acento los nombres de doctores que escribieron contra los espectáculos de la gentilidad, para que la

(1) Conocida es la carta de la reina Isabel á su confesor fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, en que le manifiesta la profunda aversión que le causan las corridas de toros, y su deseo de que cesen en España. Conocida es también la súplica de las Cortes de Valladolid (1555) para la

abolición de las corridas de toros, *de que se seguían, muchas veces muertes de hombres é otros muchos inconvenientes*. De escritores particulares que han condenado estas bárbaras fiestas, podría formarse un largo catálogo.

comparación sea escarnio y escándalo de la civilización cristiana, que tan duras costumbres autoriza y aplaude. Hé aquí algunos de los versos consagrados á este asunto:

Así los españoles, con romano  
Pecho aplaudiendo bárbaros arrojos,  
Tienen por regocijo cortesano  
De sangre humana y bruta hartar los ojos.  
¡Oh Lactancio! ¡oh Crisóstomo! ¡oh Cipriano!  
¿Qué dijerais al ver cuán sin enojos,  
En estas fiestas de homicidios feos,  
El aplauso y la vista se hacen reos?  
¿Qué dijerais al ver que tan infando  
Espectáculo todos aplaudiendo,

Del bruto están la saña deseando,  
Y el riesgo de su prójimo riendo;  
Al ver lo poco que se alteran cuando  
Comete el bruto el homicidio horrendo,  
Y que prosiguen ¡ah, dolor prolijo!  
Con ánimo sereno el regocijo?  
Tratable se hace así la misma muerte,  
Haciéndola espectáculo festivo;  
El horror se le pierde, y de esta suerte  
Huye la compasión del pecho altivo..., etc. (1).

Estos versos, que honrarian á cualquier poeta por su espíritu y su entonación, pueden dar alguna idea del estilo disertado y razonador del malogrado *Candamo* en los asuntos graves (2).

Con menos títulos gozaban concepto de poetas algunos escritores de poca monta, cuyo recuerdo vamos á consignar, sólo por respeto á la historia.

Era uno de ellos *don Ignacio Álvarez de Toledo*, caballero de la Orden de Santiago, hermano mayor del ilustre *don Gabriel*, de quien harémos el honroso juicio que merece. Compuso *don Ignacio* un libro titulado *Ocios poéticos*, que contiene, además de una zarzuela, una loa y dos bailes, muchas poesías líricas, obra de las mocedades del autor; poesías que contrastan grandemente, por la frivolidad de los asuntos y de la entonación, con el carácter elevado y grave de las *Poesías póstumas* de *don Gabriel*.

En sus versos refiere *don Ignacio* algunas circunstancias de su azarosa vida. Recordarémos una de ellas. Durante un viaje que hizo á Flandes con objeto de servir al Rey, corrió una tormenta en el canal de la Mancha, de la cual escribió más adelante una descripción en octavas. De éstas sólo merece conservarse la siguiente, que pinta los afanes de aquel conflicto bajo un aspecto poético y generoso:

Cuál del padre recuerda la ternura,  
Cuál de la madre el cariñoso anhelo,  
Cuál de la amada prenda la hermosura,  
Cuál de la vida el mísero desvelo;

Cuál su pobre caudal salvar procura,  
Cuál busca en lo que fué más desconuelo,  
Y del airado mar en los abismos  
Á los demas recuerdan, no á sí mismos.

Se advierte en algunas de estas poesías de *don Ignacio* el intento de imitar á *don Gabriel*, cuya grande autoridad literaria respetaba. Adopta á veces sus asuntos poéticos, pero se queda siempre á mucha distancia de su hermano, y se nota fácilmente que no tenía fantasía para volar á las regiones místicas, donde éste se espaciaba y se complacía. Sólo en una cosa le aventaja: es menos conceptuoso que *don Gabriel*, no porque estuviese dotado de mejor instinto, sino acaso porque su imaginación era de suyo humilde y llana.

(1) EL CÉSAR AFRICANO; *Guerra púnica española*. Poema épico, canto primero.

(2) Murió, á los cuarenta y dos años de edad, de una enfermedad violenta y repentina, que fué atribuida á envenenamiento. Así era juzgado *Candamo* en los últimos años del siglo xvii: «Interrompió mi lectura un anciano (Bánces *Candamo*), vestido á la española antigua, que vi salir de una de aquellas cuevas. Su aspecto era venerable, y en medio de sus canas, prolongada barba y arrugado rostro, demostraba en la viveza de sus ojos y boca risueña, alma juvenil... Me llevó junto á un fresco arroyo, donde, sentados, me habló en estas razones: Por dejarme llevar del torrente del mal

gusto de mi siglo, me veo privado para siempre de entrar en el Parnaso. Dichoso tú, que aún puedes tener esperanzas, pues te han dado tiempo para la enmienda... Viví en los tiempos del señor Carlos II, en que el Gobierno y la poesía estaban en su mayor decadencia, y aunque yo tenía disposición para ser bueno, no obstante, me dejé arrastrar del concepto agudo y falso, del equívoco, del culteranismo y de los demas vicios que entonces prevalecían. Escribí varias obras, en las que se descubre mi buen ingenio, fantasía y robusta elocución, en medio de los muchos defectos de que están llenas.» (*Viaje burlesco al Parnaso*; MS. atribuido á don Juan Pablo Forner.)